

si entregaban á Sanchillo. Se pidió la noche para reflexionar, y el jefe de los rebeldes dejó á sus compañeros que deliberaran. Cuando éstos decidieron morir antes de entregarle tomó parte en el Consejo.

—Amigos míos—dijo,—deseo con todo mi corazón el triunfo de vuestra causa; y si yo no supiera que el Rey hará correr ríos de sangre antes de renunciar á su propósito, os animaría á seguir la batalla. Podría aplastar á ese ejército, diez veces superior al nuestro; pero Aragón tiene forzosamente que perder sus privilegios, y el retrasar unos cuantos años lo que debe ocurrir un día, costará demasiado caro á España. Deponed, pues, las armas y aceptar las proposiciones.

Al amanecer, el jefe de los rebeldes se entregó solo en manos de los soldados reales. Una escolta le condujo á la tienda del general; pero cuando iban á entrar, Sanchillo, rechazando á sus guardianes, dió un salto, y echó á correr sin que pudieran alcanzarle.

Cierta mañana entró en el palacio del virrey de Zaragoza una carroza tirada por cuatro caballos ricamente enjaezados. Felipe V estaba allí, y se le pidió una audiencia en nombre de Juan Hallado. Con gran sorpresa de los ujieres, la azafata dió orden de que le introdujeran en los aposentos particulares. Hicieronle entrar en un salón por donde Felipe V pasaba todos los días. El Rey reconoció á su antiguo favorito.

—Sabemos que habéis hecho maravillas en nuestro servicio, caballero—dijo el Rey.—Lo demás se olvida. Veré qué recompensa puedo concederos. ¿Os gustaría un nombre español?

—Doy un millón de gracias á vuestra majestad; pero tengo el honroso nombre de Capello. Soy hijo adoptivo de Hermolao Capello, senador de Venecia.

La serenísima República me envía para que suplique á vuestra majestad que abra sus brazos victoriosos á sus grandes amigos aliados de la corona, olvidando sus errores y perdonando sus indecisiones. Si vuestra majestad se digna correr un velo sobre lo pasado, me bastará el gozo que mi misión producirá á la señoría de Venecia.

—Ya que la serenísima señoría—dijo su majestad—me envía una persona á la cual nada puedo negar, tendré que complacerla. Escríble que me regocijo de su alianza con España, y pronto os recibiremos en audiencia solemne.

En la recepción del patricio Juan Capello una dama lanzó un grito de sorpresa al ver aparecer al enviado de la República de Venecia. Después de la ceremonia el embajador se acercó á aquella dama, y le dijo á media voz:

—¡Marquesa, guardad el secreto de Sanchillo!

XIII

Las crónicas no dicen cuántos años duró el pacto hecho en Zara por Juan Capello; pero pronto veremos que fué muy corto. Lo que le ofrecieron en San Felice, y él no quiso aceptar, fué seguramente denegado por la imperiosa necesidad, aceptando condiciones peores que las ofrecidas antes.

Apenas instalado el ilustre patricio en la corte de Felipe V, perdió el reposo y la alegría, pensando en

el rescate que debía entregar á Potamogeiton, y concibió la idea de hacer las paces con el Infierno y el Cielo á un tiempo llevando una vida ejemplar.

Antes de salir de Aragón había comprado palacios, asegurando también una fortuna sobre las bases más sólidas que pudo imaginar, y partió á Madrid con todo el tren de lujo que correspondía á un embajador extraordinario.

Entonces empezaba á hablarse de un famoso empírico llamado Caretti, que pretendía curar todas las enfermedades con un específico universal. Con gran escándalo de la Facultad, había curado á dos ó tres personas importantes en París, y llegó á Madrid con la esperanza de que le llamaran para ver á la Reina, cuyos males, según declaraban los médicos, eran incurables. Los sabios se burlaron de él; y como era viejo y rico y no podían perjudicarle mucho de otro modo, le atacaron en su ambición. Quería pasar por miembro de la familia Caretti de Savoli, y en este deseo hallaron motivo de risa, haciéndole blanco de la chacota de la corte de España.

Un día se burlaban de sus pretensiones delante de él mismo en casa de la princesa de los Ursinos, sin preverse de su presencia.

—Señor Caretti—dijo Juan Capello pasando á su lado,—en vos consiste demostrar que sois realmente un Caretti de Savoli.

El empírico se acercó á Juan y le cogió una mano.

—¿Cómo lo sabéis?—preguntó con ansiedad.—¿Sabéis dónde hay pruebas que acrediten mis derechos? ¿Existen tales pruebas?

—Yo puedo proporcionároslas, y fabricarlas si no existen. No aseguraré que seáis un Savoli delante de Dios; pero sí que podéis serlo delante de los hombres.

—¡Hacedlo, señor Capello, y os curaré todos vuestros males de aquí en adelante!

—¿Con qué sacrificio compraríais tal satisfacción?

—¡Con la salvación de mi alma, si no hay otro!

—¡Pues bien; id á Tortosa, á la desembocadura del Ebro, el día que yo os indique.

El año 1705 fué cuando el buen gobernador Hermolao Capello adoptó á Juan: podemos, pues, colegir que el pacto hecho en el archipiélago dalmático debió de ser de cinco años, toda vez que Juan fijó el día 15 de Septiembre de 1710 para encontrarse con Caretti, Hassan Cogia y doña Clara en Tortosa, delante de la puerta de Jaspe, á las seis de la mañana.

Y efectivamente; poco después de reunirse allí las tres personas, vieron llegar por la carretera de Zaragoza un coche de viaje tirado por un postillón muy velludo y vestido de rojo. Juan echó pie á tierra, y, sin perder en saludos un tiempo precioso, habló así:

—Señores, venís aquí impulsados por vuestras pasiones, y por satisfacerlas sois todos capaces de dar el alma. Os ofrezco más que eso; un poder sin límites, con el cual, sin correr ningún peligro, podréis gozar de grandes bienes y privilegios tales, que la voluntad de los hombres no podrá oponerse á vuestros deseos. Ese poder durará cinco ó diez años, según sepáis defender vuestros intereses; yo os pondré en presencia de un espíritu que tratará las condiciones con vosotros. Os doy diez minutos para tomar una resolución.

—Estamos resueltos: aceptamos—dijeron los tres

—Seguidme, pues.

Juan descendió hasta la orilla del Ebro, y en la misma desembocadura hallaron un bote, en el cual fingía dormir un turco viejo.

—¡Vamos!—dijo Juan despertándole.—Te traigo gente; llévanos á la presencia de Hydora.

Dos horas después volvió el bote.

El señor Carretti partió á Valencia, decidido á embarcarse para Italia. Hassan y su hija tomaron el camino de Lérida.

—Te he traído tres almas, en vez de una—dijo Juan apenas quedó solo.—¿Será exigir demasiado por ese triple servicio que me dejes en pacífica posesión de mis bienes? Si tienes vergüenza, sentirás escrúpulos al perseguirme.

—¿Qué es eso de vergüenza y de escrúpulos?—dijo el turco socarronamente.—En mi comercio no se conocen tales mercancías. Por lo demás, no eres ya de los nuestros: no te conozco. Si aún hicieras buen uso de esa fortuna bebiendo, jugando y entregándote á las mujeres, tendríamos la esperanza de volver á encontrarte; pero quieres ser un santo, y eso no puedo consentirlo.

—¿Vas á hacerme padecer como en Venecia?

—Los destinos cambian; no sé el tuyo. ¡Adiós, señor Juan Capello!

Y dando un golpe á los remos, se dirigió al mar.

Al llegar á la puerta de Jaspe Juan no halló la carroza que antes le condujera, y alquiló un caballo, que le llevó en dos días á Zaragoza por una carretera deliciosa, siguiendo las márgenes del Ebro. En la primera iglesia que halló al paso se detuvo para confesar, pues sentía necesidad de poner en orden su conciencia, y después picó espuelas á su caballo hasta llegar á Zaragoza, donde su primer cuidado fué correr á Nuestra Señora del Pilar, prosternarse á los pies de la Virgen y recitar el *Magnificat*. Recorrió después las demás iglesias, y, por último, entró en casa de un

platero, donde compró seis magníficos candelabros de plata maciza.

Al salir de la Seo, donde había visto lucir sus candeleros, Juan fué seguido por la gente, que otorgaba bendiciones al generoso donante. Un hombre parado en la acera, envuelto en su manta y mostrando en su atavío ser montañés, saludó al joven diciéndole:

—¡Viva el valiente Sanchillo!

Juan apretó el paso para confundirse entre la multitud; pero un poco más lejos otro montañés de aspecto semejante al primero gritó, también:

—¡Viva el valiente Sanchillo, defensor de los aragoneses!

—¡Viva Sanchillo! ¡Viva el héroe de Pena del Cid!—exclamó un tercer montañés algo más lejos.

El pueblo respondió á tal aclamación con una salva de aplausos, y un alguacil, acercándose al montañés, le preguntó si aquel señor era el antiguo rebelde.

—Es tan señor como yo—repuso el montañés.—Se burla de vosotros, y usa traje de marqués para hacer algo que meterá ruido. Sanchillo es invulnerable é invisible cuando quiere serlo. ¡No le cogerán; no!

Como aquel testimonio era bastante claro, el alguacil cogió del cuello al personaje sospechoso, y, en unión de otros que acudieron, le llevó, acompañado de los tres montañeses, á casa del corregidor. El prisionero se presentó con aspecto animado delante del magistrado, y dijo, señalando á los que le acompañaban:

—Esos hombres han perdido la cabeza. Soy enviado de un gobierno extranjero á la corte de su majestad el rey de España, y espero que pongáis término lo más pronto posible á esta burda equivocación.

—Vuestra gracia no quedará detenido mucho tiempo—repuso el corregidor.—Voy á apretar las clavijas

á esos tres pillastres, y confesarán el interés que los impulsó á denunciarlos.

Pero aunque apretaron las clavijas á los montañeses hasta el punto de hacerles sangre, sostuvieron que el detenido era Sanchillo. El corregidor, sorprendido, no sabía qué pensar; y cuando los tres hombres le amenazaron con la venganza de su antiguo jefe, el magistrado reconoció en aquella arrogancia la robusta fe que la malicia y los subterfugios de Sanchillo habían inspirado á los rebeldes, y le encerró en la cárcel.

El rumor de su arresto se extendió por la ciudad y pronto se presentaron más testigos; los cuales declararon cosas tan graves, que el corregidor pensó que concernían más á las leyes divinas que á las humanas. Magia, arte del Demonio, medios sobrenaturales para perpetrar atentados contra el Rey y los particulares: todo lo había puesto en práctica, según decían, aquel joven lleno de vida y salud, capaz de soportar las pruebas del fuego y el agua.

—¡Tenemos aquí un proceso magnífico!—dijo el fiscal.—No podrá escapar por ningún concepto. ¡Haremos ruido en España! Las mujeres y personas de calidad querrán verle morir, y los inquisidores de Castilla rabiarán de envidia.

Como el castillo de la Aljafería no se consideraba lugar seguro para una persona acusada de magia, Juan fué encerrado en un calabozo lóbrego y húmedo, y sujeto por el cuello y los tobillos á una pared, cuyas heladas piedras le producían un tormento horrible.

Sumido en las tinieblas, temiendo quedar estrangulado al menor movimiento, á veinte pies debajo del suelo, Juan meditaba en las amenazas de Potamogiton, cuyo resultado sobrepujaba á cuanto la imaginación pudiera concebir.

—¡Oh santa Virgen del Pilar!—decía llorando.—¡Tened compasión de mí, y no me reduzcáis al extremo de tener que entregarme de nuevo al Infierno!

XIV

Una vez en manos del Santo Oficio, Juan no podía salir vivo, á menos que le declarasen inocente; y no tenía la menor esperanza de que ocurriera semejante cosa, porque, aun dado el caso de que retiraran la acusación de hechicero, quedaría el delito de rebelión.

Después de algunos meses de encierro en aquellos subterráneos, Juan salió del calabozo para ser conducido ante los jueces. Sujetáronle á un interrogatorio capaz de desconcertar al más inocente y de embrollar la más perfecta verdad; y después de un largo discurso del presidente incitándole á confesar todas sus faltas, le hicieron pasar á la sala de los tormentos, donde se veían los utensilios más extraños.

En el centro de la sala había cierto instrumento denominado *el potro*, especie de mesa cubierta por una tela impermeable, y rodeada de un canal destinado á llevar la sangre á un cubo colocado debajo; triste lecho, donde se hallaba algunas veces la muerte, pero jamás el descanso. Dos hombres de colosal estatura permanecían con los brazos desnudos y en pie al lado de dicha mesa esperando una orden de los jueces, en tanto que un tercer verdugo encendía un brasero. Al ver aquel aparato, Juan se arrojó á los pies del presidente.

—¡Padre mío—dijo,—ahorradme un suplicio terrible; prometo descubrir os el fondo de mi corazón!

—Hablad, hijo mío—repuso el juez con bondad.—No ocultéis nada, y os haréis acreedor á la indulgencia del tribunal.

El escribano se acercó, y tomó la pluma para escribir las nuevas revelaciones del acusado. Juan confesó sus faltas y sus delitos, sin ocultar sus relaciones con un demonio denominado Potamogeito.

—He confesado cuánto tenía oculto, padre mío—añadió al terminar:—condenadme, pues, al último tormento, y no me hagáis pasar por torturas inútiles.

—Habéis hecho perfectamente abriendo vuestro corazón, hijo mío, y se os tendrá en cuenta en el Cielo. Pero la santa Inquisición tiene que seguir el proceso de costumbre: se os aplicará el tormento por mera fórmula, y, si no os queda nada que revelar, comprenderemos por la tortura que habéis sido sincero.

Juan alzó las manos al cielo exclamando:

—¡Santísima Virgen del Pilar; y vos, dulce María del Portillo, confesé en el camino de Tortosa, y un sacerdote me dió la absolución! Después no he cometido ningún pecado mortal. Si es verdad que la conversión de un pecador produce gozo en el Cielo, ¡interceded por mí! ¡Ya que na da puede tocar el corazón de bronce de estos hombres, obtener de Dios que muera en ese suplicio que van á darme en su nombre!

Los buenos inquisidores, que tenían costumbre de oír gritos y gemidos, no hicieron caso de las plegarias de Juan. Los dos verdugos le tendieron en el potro y le sujetaron con correas de tal modo, que le imposibilitaron todo movimiento. El tercer verdugo acercó gradualmente el brasero á los pies del acusado, en tanto que el médico estudiaba las latidos del pulso.

Juan, resignado con su suerte, recitó las letanías de la Virgen, sin responder á las preguntas de los monjes.

El paciente no daba señales de sufrimiento: el éxtasis de la devoción iluminaba su rostro, y siguió recitando sus letanías, sin que se percibiera en su voz la menor alteración.

—¡Qué cosa más sorprendente!—dijo el médico.—¡El pulso está tranquilo!

—¡Jamás he visto cosa igual!—dijo palideciendo el verdugo que aplicaba el tormento.—¿Será un milagro de la Virgen?

—¡Un milagro!—repuso el presidente riéndose.—¿Queréis burlaros de nosotros?

Los pies del paciente casi tocaban las brasas: el fuego era tan ardiente, que molestaba á los frailes que se hallaban á tres pasos de distancia; y sin embargo, Juan no sufría en apariencia.

Los inquisidores se miraron son sorpresa; el presidente colocó los carbones encendidos sobre los pies del reo. En aquel momento terminaban las letanías. Juan añadió una frase en honor de la Virgen del Pilar, para prolongar la plegaria, y al pronunciar las palabras *Sancta virgo pilae*, el brasero se extinguió súbitamente.

Un cuarto hora después el prisionero, sepultado de nuevo en su calabozo, buscaba la clave de aquel enigma, que su exaltado fervor piadoso le había impedido comprender hasta allí. Un resplandor extraordinario iluminó el calabozo, y vió ante sí la hermosa figura que había visto en Luzara cuando creyó morir de la herida. La aparición, con un codo apoyado en la pared, le miraba sonriendo.

—Maese Juan—dijo el Demonio,—acuérdate de nuestras conferencias en la ambulancia militar, y

Comprenderás que mi presencia te anuncia un momento crítico. De aquí sólo se sale con vida para morir de un modo ó de otro, pero siempre en el momento. No pienses en salvarte por un milagro. ¿Quieres firmar un nuevo pacto? Estas puertas se abrirán. De otro modo, morirás mañana mismo en el tormento, porque la Virgen del Pilar no hará dos milagros en tu favor.

—¿Es ella, pues, la que me ha librado del suplicio del fuego?—preguntó Juan.

—Sí; debías haberlo adivinado.

—¡La santa Virgen me protege— exclamó Juan con altivez,—y no necesito tu socorro, vil Demonio! ¡Te desprecio! El Cielo hace milagros para las almas superiores, y estas puertas se abrirán cuando yo quiera. ¡Estoy en gracia de Dios! ¡Aléjate de mí; me río de tus embustes!

—Obedecéis á la espuela como un buen caballo— exclamó el Diablo lanzando una carcajada.—¡Hace cinco minutos, os protegía la Virgen del Pilar, en efecto; pero ahora tenéis necesidad de mis servicios para salir de aquí! Sois orgulloso; y como el orgullo es un pecado mortal, habéis perdido la pureza de vuestra alma, y la Virgen se sentirá ofendida. Ahora la invocaréis en vano, y mañana necesitaréis otras letanías si queréis resistir el suplicio. ¡Hasta más ver!

—No hay que dudarle—decía el fiscal al presidente:—acabaremos de presenciar un milagro; y si la Virgen del Pilar protege al acusado, hay que declarar su inocencia, salvando así el honor del tribunal.

—¡No hay que precipitarse!—repuso el presidente.—Creeré en el milagro si vuelve á repetirse. Si nosotros no podemos obtener del Cielo semejantes prodigios, ¿cómo va á obtenerlos un pecador semejante? Indudablemente, ha empleado alguno de los medios

antiguos para evitarse el sufrimiento, y hay que someterle á otras pruebas, aunque sólo sea en beneficio de la fe. Veremos si resiste el agua.

Al día siguiente el tribunal esperó con impaciencia la segunda prueba, á la cual pidieron asistir todos los familiares como un favor especial; y Juan, al entrar en la sala de los tormentos, halló un numeroso concurso que le esperaba impaciente. Entre aquellas personas que se agrupaban á los lados del potro con extremada curiosidad, Juan reconoció bajo un hábito de dominico á su aparición de la víspera, que sonreía con aire de inteligencia. El presidente hizo señal á los tres verdugos; y mientras unos introdujeron en la boca del paciente la extremidad de un embudo, otro derramó en él una botella de agua fría.

Antes de que se vaciara la botella, las facciones del acusado sufrieron un cambio; temblaron sus labios, se le dilataron las venas del cuello, y el pulso latió con agitación creciente.

—¡Esto va bien—dijo el fiscal;—empiezo á creer que hoy conseguiremos algo!

—¿Tenéis algo que confesar, hijo mío?—preguntó el interrogador.

—¡Socorredme, santa Virgen del Pilar!—repuso Juan.

—¡Otra botella!—ordenó el presidente.

A la mitad de la segunda ánfora el acusado dió evidentes muestras de sufrimiento; se descompuso su rostro, sus ojos se inyectaron de sangre, y un sudor frío bañó su cuerpo. Su angustia pareció llegar al colmo cuando retiraron el embudo.

—¿No tenéis nada que confesar?—volvió á decir el interrogador.

—¡No me abandonéis, Virge Santísima del Pilar!

Un ligero suspiro penetró en los oídos de Juan, y una voz conocida murmuró en su oído:

—¡El pecado del orgullo te aleja de la Virgen: morirás si no acudes á mí!

—¿No hay esperanza?—preguntó el atormentado.

—Ninguna, á no ser otro pacto. Di una palabra, y estarás libre. Yo me encargo de todo y después arreglaremos las condiciones.

—¡La tercera botella!—ordenó el presidente.

—¡Me entrego á vosotros, Potamogeiton é Hydora!—murmuró Juan.—¡Espíritus de las aguas, soy vuestro!

A pesar de que el paciente absorbía el líquido de la tercera botella, sus facciones volvieron á su estado natural, los ojos recobraron su brillo, y el pulso quedó en calma.

—¿Tenéis algo que confesar?—preguntó de nuevo el acusador, una vez que se vació el ánfora.

—Sí, á fe—repuso Juan.—¡Confieso que os aborrezco y que me burlo de vosotros, ministros sanguinarios de un Dios de paz! ¡Confieso que me río de vuestra ferocidad, y que menosprecio vuestros bárbaros suplicios! ¡Si no termináis al momento esta infame tragedia, sentiré deseo de haceros sufrir á vosotros las torturas que os producen tan supremo placer:

—¡La cuarta!—exclamó el presidente.

—¡Beberé ciento: así os convenceréis mejor de vuestra impotencia!

—¡Que traigan el *unguis*!

El verdugo descolgó una especie de látigo corto con seis correillas terminadas por garfios de hierro.

—¡Golpeadle—gritó el fraile,—desgarradle, hacedle pedazos!

El verdugo hizo la señal de la cruz, y no se atre-

vió á pegar á un hombre protegido por un poder sobrenatural

—¡Dadme el *unguis*—dijo el presidente:—yo mismo le azotaré!

Y tomando el látigo en sus manos, lo levantó para azotar al condenado; pero como no tenía costumbre de manejar aquel instrumento tan complicado, hizo describir á las correillas un círculo demasiado grande, y quedó sujeto en ellas. Los seis anzuelos se prendieron en su espalda, y el santo hombre hechó á correr por la sala lanzando gritos agudos y arrastrando consigo el terrible instrumento.

—¡Jesús, tened compasión de mí!—exclamaba;—ese hombre es el Diablo en persona!

En aquel momento Juan rompiendo sus ligaduras con esfuerzo sobrehumano, dió un salto, y cogió del arsenal de los tormentos unas formidables pinzas.

—¡Tú, que no tienes compasión de los demás—dijo al presidente,—no tienes paciencia para soportar un instante las torturas que haces sufrir con tanto furor! ¡Yo te haré saber lo que son! Si no das orden de que me abran la puerta al momento, sabrás muy pronto lo que es el suplicio de las tenazas.

—¡Que le abran las puertas!—exclamó el presidente;—¡que le obedezcan todos dejándole marchar, y ojalá no volvamos á verle nunca!

El padre portero, tan satisfecho como los demás de verse libre de aquel huésped incómodo, condujo al prisionero hasta la poterna. Juan salvó el puente levadizo, y arrojando las pinzas al foso, salió de la Aljafería corriendo con toda la fuerza de sus piernas. Al día siguiente un romancero delante del colegio de San Diego, en Zaragoza, cantaba ya la evasión de don Juan Sanchillo.

Entretanto, un pasajero embarcaba en el bergantín turco en la desembocadura del Ebro.

—¿A qué país quiere ir vuestra señoría?—preguntó el capitán.

—¡A Francia!—repuso el pasajero.

XV

La crónica aragonesa termina la historia de don Juan Sanchillo con el capítulo anterior, hacia el año 1711, y la de Bretaña vuelve á hablarnos de nuestro amigo Juan en 1718, en plena regencia. Hay, pues, una laguna que podríamos llenar con aventuras imaginarias; pero sería respetar poco las leyendas populares. Pasemos, pues, en silencio esos siete años, y encontremos á nuestro héroe donde le encuentran las crónicas.

En el mes de Diciembre de 1718, en una mañana de éstas en que la niebla y el agua regalan una porción de catarros á los parisienses, un joven hidalgo se refugió bajo las galerías del Palais Royal. Parecía tener diez y ocho años, y vestía con graciosa elegancia: su traje, aunque arrugado y descompuesto, indicaba que se trataba de una persona de calidad.

Viendo de lejos á un hombre de más edad que él, cuyo rostro debió de serle simpático, le saludó diciendo:

—Caballero, ¿queréis hacerme el honor de almorzar conmigo? Esta lluvia durará mucho tiempo: en vez de aburrirnos cada uno por distinto lado, nos haremos compañía mutua en alguna hostería.

—Con mucho gusto, caballero—repuso el transeun-

te.—Ayer llegué á París, donde no conozco á nadie: vuestra proposición me halaga en extremo.

—Dentro de un momento sabréis los motivos que me han impulsado á haceros esta proposición. Entretenos en casa de maese Picard, y mientras almorzamos charlaremos, y sabremos las novedades que ocurren.

Los dos jóvenes se instalaron ante una mesa en el comedor de Picard, y mientras servían el almuerzo el hidalgo indicó su nombre y posición.

—Soy el caballero de Vimes—dijo.—¿Cómo os llamáis vos, para terminar así las ceremonias?

—Juan Capello, patricio de Venecia, para serviros

—Está bien. Voy á contaros mi historia en dos palabras. Mis padres no han salido jamás de su castillo de Beauvais, en un valle muy fértil, adonde tengo que dirigirme mañana, por desgracia. Soy hijo único, tuve un preceptor estúpido, y, como soy perezoso, no aprendí nada; á los diez y ocho años, aburrido, dejé el hogar paterno, bajo pretexto de venir á París para instruirme. Traía mil escudos en el bolsillo, una gran maleta y un magnífico reloj. Vine con cartas de recomendación para muchos abogados; pero no entregué una siquiera. Así he vivido tres meses en compañía de amigos y amigas muy amables, y he visto muchas cosas; pero no he puesto los pies una vez siquiera en la Universidad. Hoy se ha terminado todo; dinero, ropas y reloj: sólo me queda este traje arrugado y treinta libras. Esta mañana, queriendo decir adiós á esta ciudad tan encantadora que debo abandonar si no quiero morirme de hambre, he pagado mi asiento en la diligencia, á fin de no volverme atrás, y he hecho ánimo de invitar al primer desconocido que hallara en estas galerías y cuyo rostro me fuera simpático. La suerte nos ha reunido, y por eso estamos ambos

aquí. ¡Ah, señor veneciano! ¡Si yo tuviera mil escudos no me marcharía, aun cuando permaneciera aquí simplemente por cultivar vuestra amistad!

—¡Qué feliz sois teniendo padres!—repuso Juan.—Yo jamás conocí á los míos. Mi padre adoptivo, el senador Capello, me dió su nombre y más riquezas de las que jamás pude soñar. Aventuras terribles y penosas, no me han faltado en la vida. He hecho gran papel en política, y he estado en los calabozos de la Inquisición de Zaragoza, conociendo por experiencia sus tormentos. Escapé de sus manos por un milagro, y fui á Provenza, mi país natal. Una encantadora muchacha me esperaba en Zara; y como es delicioso poder recomensar la fidelidad, fui á Dalmacia. Murió entretanto mi padre adoptivo, y el serenísimo gobierno de Venecia me permite viajar para distraer mi pena. He querido conocer á París; pero, á juzgar por nuestro encuentro, creo que no hallaré nada que alabar en esta ciudad, que vos amáis con tanta pasión.

—Vuestra historia es una novela—dijo el caballero.—Me gustaría saber vuestras aventuras, y os suplico que me contéis lo que no tengáis interés en ocultar.

Juan contó algunas de sus aventuras mientras almorzaban, y el caballero refirió sus amores. Después de tales confidencias ambos jóvenes se trataron como si fueran los mejores amigos del mundo.

—¡Cada vez siento más tener que ausentarme de París!—exclamó el caballero de Vimes.

—Aún no habéis partido—replicó Juan;—y si no necesitáis más que mil escudos para permanecer aquí, yo os los prestaré de buena voluntad.

—No puedo aceptar semejante oferta, conociéndonos solamente desde hace una hora—repuso el joven de Vimes;—pero os lo agradezco en el alma. Vuelvo á

Beauvais. Ya que el inexorable Destino lo quiere así, me casaré con alguna muchacha desmañada, y me enterraré allí. ¡Pero bien sabe Dios que no era ésa mi vocación! Quisiera vivir como vos; recorrer países extranjeros, aun á riesgo de hallar la Inquisición á mi paso. Pero, ¡ah!, para sacarme de mi provincia sería necesario un talismán, un prodigio, una lámpara maravillosa, ó, por lo menos, el arte de un hechicero ó uno de esos poderes ocultos... que no existen.

—¿Estáis seguros de que no existen?—dijo un desconocido que ocupaba la mesa inmediata.

—¡Segurísimo!

—¡Hombre feliz, que sujetáis así los límites del conocimiento! ¿Sabéis dónde está el límite que separa la vida de la muerte? ¿Conocéis todos los secretos de la Naturaleza? El sentimiento de lo maravilloso, unido al de la divinidad en todas las creencias con la divinidad, ¿es, según vos, una casualidad sencillamente?

El joven de Vimes dijo:

—Este caballero se burla de nosotros, amigo Capello; pero me agradan las controversias con gente que viste al estilo de los filósofos. Haced el favor de trasladaros á nuestra mesa, señor doctor, y tomaréis café con nosotros: me gusta hablar de cosas sobrenaturales.

El desconocido dejó el tono burlón, se sentó para tomar café con ambos amigos, y habló, mostrando vastos conocimientos en una porción de materias tan interesantes en aquel tiempo, que ocupaban á los mismos reyes y regentes. Cuando más interesante era la conversación, el desconocido se levantó bruscamente.

—Caballeros—añadió,—si no os causan demasiada aversión mis vestiduras de filósofo, venid á verme esta noche, y os mostraré cosas muy curiosas que ignoráis.

Vivo en Notre Dame des Champs, fuera de las barreras. Soy el barón Numa Putz, de Leipzig.

—Es un charlatán, seguramente—dijo de Vimes cuando el desconocido se fué.—París está lleno de esa clase de gente. Pero no dejaré de ir á verle, porque me divertirán sus experiencias; y si me pide escudos, es tan cierto que no se los prestaré, como que no creo en sus milagros.

—Os acompañaré—añadió Juan;—y si realmente dispone de algún poder sobrenatural, yo os lo diré.

A las ocho de la noche ambos amigos se dirigieron en un carruaje á Notre Dame des Champs, parroquia poco frecuentada en aquel tiempo, y en la cual sólo se veían dos conventos y una veintena de casas. La primera persona á quien preguntaron dijo dónde vivía el barón Numa. Su casa era un hotel pequeño, pero de lindo aspecto. Un criado condujo á los jóvenes al salón, sin preguntar su nombre, y cinco minutos después se presentó el barón en traje de casa, que no tenía nada de filosófico, por cierto.

—Sed bienvenidos, señores de Vimes y Capello.

—¿Oísteis nuestros nombres esta mañana?—preguntó el caballero.

—No sería muy sabio si ignorase el nombre de las personas con quien hablo—repuso el sabio.

—Permitidme creer que no habéis adivinado el mío por arte de magia.

—Sé que sois incrédulo; pero todo el mundo no piensa como vos. Hace ocho días que habito esta casa, y he recibido más de cien cartas de personas que desean consultarme: si os enseñara algunas firmas, quedaríais muy sorprendidos. Desde luego voy á llevaros á mi laboratorio; pero antes os invito á que participéis de mi cena de filósofo.

Pasaron al comedor, donde hallaron una mesa muy bien servida, y aunque los platos eran alemanes, los vinos y la conversación los hicieron exquisitos. El barón se extendió en detalles sobre las costumbres de Asia, relatando anécdotas interesantísimas, en las cuales siempre parecía haber jugado él un papel. La civilización moderna no era nada comparada con la de los persas. Había hablado con Sócrates, con Caracalla y con Septimio Severo. De Vimes tomó tal relación por una fanfarronada alegórica; pero al oír que el barón hablaba con un acento natural de todo género de muertes, su incredulidad fué quebrantándose poco á poco. El vapor de los licores contribuyó á trastornar algo sus pensamientos.

—Señor barón—dijo,—cuando vine aquí no creía en nada, y me hallaba bien. Vuestros discursos me han colocado en una posición muy incómoda: la duda. Os suplico que procuréis convencerme con pruebas eficaces.

—Nada hay más fácil: os haré ver á Septimio Severo, ó á algún otro muerto á quien deséis conocer.

—¿Dónde?

—Aquí mismo; evocándole por medio de la nigromancia.

—Me mostraréis figuras de personas que no he visto jamás, siendo, por tanto, imposible su identificación.

—Tenéis razón. Pero ¿no hay entre los muertos alguna persona á quien conozcáis? Vuestro abuelo Santiago de Vimes, por ejemplo.

—¿Podréis evocar á mi abuelo?

—Lo mismo que á Septimio Severo y á Caracalla.

El señor de Vimes sintió un estremecimiento; dejó el vaso lleno de agua que iba á llevarse á los labios, y no quiso beber más. Afortunadamente, había terminado la cena. Dejaron la mesa, y el barón condujo á sus